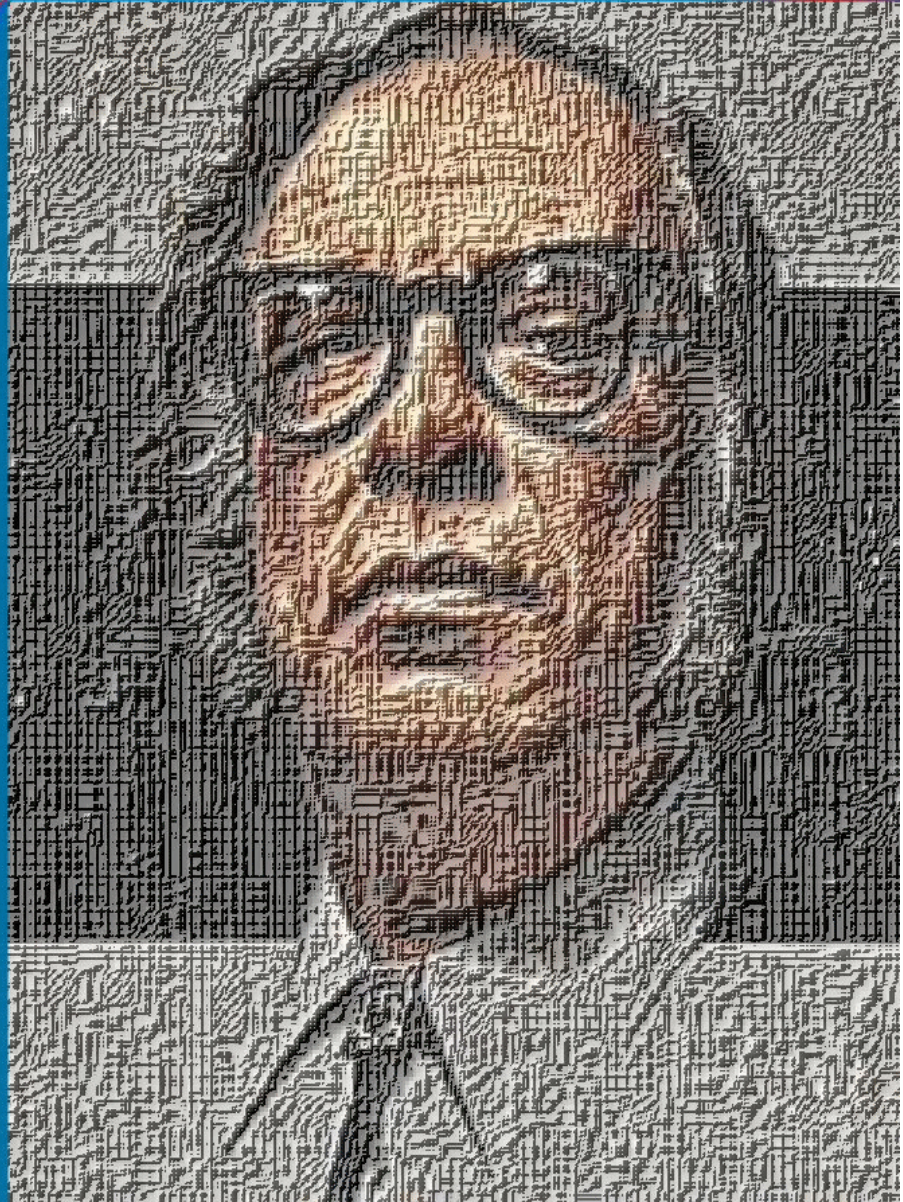


Frustración

Isaac Asimov

Frustración

Isaac Asimov



LIBRO dot .com

<http://www.librodot.com>

Herman Gelb giró su cabeza para mirar a la figura que se iba. Entonces dijo:

-¿No era ese el Secretario?

-Sí, era el Secretario de Asuntos Exteriores. El viejo Hargrove. ¿Estás listo para almorzar?

-Por supuesto... ¿Qué hacía él aquí?

Peter Jonsbeck no respondió inmediatamente. Simplemente se paró y le hizo señas a Gelb de que lo siguiera. Recorrieron el pasillo hasta una habitación que tenía el húmedo y caluroso olor de la comida condimentada.

-Aquí tienes-, dijo Jonsbeck. -La totalidad de la comida ha sido preparada por computadora. Completamente automatizada. Nunca tocada por manos humanas. Mi propia programación. Te prometí un obsequio y aquí lo tienes.

Estuvo bien. Gelb no podía negarlo y tampoco quería hacerlo. Después del postre dijo:

-¿Pero qué estaba haciendo Hargrove aquí?

Jonsbeck sonrió.

-Consultándome algo sobre programación... ¿Para qué otra cosa soy bueno yo?

-¿Pero por qué? ¿O es algo de lo que no puedes hablar?

-Es algo de lo que, supongo, no debería hablar, pero es un secreto a voces. No hay un sólo informático en la Capital que no sepa lo que el pobre frustrado intenta hacer.

-¿Y qué es lo que intenta hacer?

-Está librando guerras.

Los ojos de Gelb se abrieron de par en par.

-¿Contra quién?

-Contra nadie, en realidad. Las libra analíticamente, con computadoras. Lo ha estado haciendo por no sé cuánto tiempo...

-Pero ¿Por qué?

-Quiere que el mundo sea como nosotros: noble, honesto, decente, lleno de respeto por los seres humanos y esas cosas.

-También yo. También todos nosotros deseamos eso. Debemos mantener la presión sobre los tipos malos, eso es todo.

-Y ellos están manteniendo la presión sobre nosotros también. No creen que seamos perfectos.

-Supongo que no lo somos, pero somos mejores que ellos. Tú lo sabes.

Jonsbeck se encogió de hombros.

-Una cuestión de puntos de vista. No importa. Tenemos un mundo que poner en marcha, espacio que desarrollar, informatización que extender. La colaboración es premio a la continua cooperación y hay un lento progreso. Nos llevaremos bien. Es sólo que Hargrove no quiere esperar. Él anhela rápidos avances... por la fuerza. Tú sabes: hacer que los vagos se esfuercen. Somos suficientemente fuertes para lograrlo.

-¿Por la fuerza? Por la guerra, querrás decir. Ya no peleamos guerras.

-Eso es porque se han hecho muy complicadas. Demasiado peligrosas. Somos todos demasiado poderosos ¿Sabes a qué me refiero? Excepto que Hargrove cree que puede encontrar una manera. Tú empujas ciertas condiciones iniciales dentro de la computadora y dejas que pelee la guerra matemáticamente y arroje los resultados.

-¿Cómo formulas ecuaciones para la guerra?

-Bueno, tratas, viejo... Hombres, armas, sorpresa, contraataque, naves, estaciones espaciales. Computadoras. No debemos olvidar a las computadoras. Hay cientos de factores, miles de intensidades, millones de combinaciones. Hargrove piensa que es posible encontrar cierta combinación de condiciones iniciales y cursos de desarrollo, que resultaría en una clara victoria para nosotros y no demasiado daño para el mundo; y trabaja bajo constante frustración.

-Pero ¿Qué hay si consigue lo que quiere?

-Bueno, si logra encontrar la combinación, si la computadora dice “Esta es”, entonces supongo que él cree que puede llevar a nuestro gobierno a luchar exactamente la guerra que la computadora ha elaborado, con lo que, exceptuando errores aleatorios que alteren el curso indicado, obtendríamos lo que queremos.

-Habría víctimas.

-Sí, por supuesto. Pero presumiblemente la computadora compararía las víctimas con otros daños a la economía y la ecología. Por ejemplo, los beneficios que derivarían de nuestro control del mundo, y si pensara que los beneficios pesarían más que las víctimas, entonces diría “sigan adelante”, hacia la guerra. Después de todo, podría ser que hasta las naciones que pierdan se vean beneficiadas al ser dirigidas por nosotros, con nuestra más fuerte economía y nuestro fuerte sentido moral.

Gelb mostró su incredulidad y dijo:

-Nunca supe que estuviéramos sentados en la cima de un cráter volcánico como ese. ¿Qué hay de esos “errores aleatorios” que mencionaste?

-El programa de la computadora trata de dejar un margen para lo inesperado, pero es imposible, por supuesto. Así que no creo que el “sigan adelante” llegue nunca. No lo ha hecho hasta ahora, y a menos que el viejo Hargrove se presente ante el gobierno con una simulación computarizada de una guerra que sea totalmente satisfactoria, no creo que haya muchas posibilidades de que pueda forzarlos.

-Entonces viene a ti... ¿Con qué razón?

-Para mejorar el programa, por supuesto.

-¿Y tú le ayudas?

-Sí, ciertamente. Hay altos honorarios envueltos, Herman.

Gelb sacudió su cabeza.

-¡Peter! ¿Vas a tratar de organizar una guerra sólo por dinero?

-No habrá tal guerra. Soy programador y no conozco ninguna manera de programar una computadora para darle lo que más necesita para iniciar una guerra, o una persecución, ni siquiera una travesura, ignorando cualquier daño que pueda producirse en el proceso. Y como falta lo más necesario, la computadora nunca le dará a Hargrove, ni a todos los otros que anhelan la guerra, nada, excepto frustración.

-Entonces, ¿Qué es lo que la computadora no tiene?

-¡No tiene el “porqué”, Gelb!... Ella carece totalmente del sentido de la vanidad.